

SOBRE EL NACIONALISMO EN AMÉRICA LATINA

CONSIDERACIONES SOBRE EL MARCO HISTORICO

Vania *BAMBIRRA**

El nacionalismo, como sentimiento nacional, surge históricamente vinculado a la formación de los estados nacionales, que han sido productos del desarrollo del modo de producción capitalista.

Han existido muchas otras teorías acerca de los orígenes de los vínculos nacionales, como por ejemplo la concepción defendida por los populistas rusos de que el estado moderno surge de la expansión de los vínculos gentilicios. Tal concepción ha sido refutada por Marx, Engels, Lenin e incluso, por los mejores historiadores burgueses.

Lenin, en su obra *Quiénes son los amigos del pueblo*, en una polémica con Mijailovski, demuestra que estos vínculos nacionales no pueden corresponder a otra cosa en lo fundamental que no sea a los intereses de clase de la burguesía. Y refutando al autor populista que mencionaba la guerra franco-prusiana como una demostración de que el internacionalismo proletario preconizado por Marx no impedía que los obreros, debido al «amor nacional» y al «odio nacional», se mataran mutuamente, Lenin contesta que los «intereses muy reales de la burguesía comercial e industrial constituyen la base principal de este odio, y que *hablar de sentimiento nacional como un factor independiente sólo significa escamotear la esencia del problema*».¹

EL COMITÉ EDITORIAL

* Investigadora del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.

¹ Lenin, *Obras completas*, tomo I, Editorial Cartago, Buenos Aires, p. 170.

Es de esta comprensión de lo que significa el «amor propio nacional» que el marxismo, en palabras de Lenin, saca la conclusión de que «sin aniquilar la organización económica basada en el intercambio es imposible hacer cesar las colisiones internacionales».²

Esto fue comprendido prácticamente, por vez primera en la historia, por el proletariado de la Comuna de París que trató de transformar la guerra nacional en guerra civil, hecho que provocara la inmediata reconciliación de la burguesía francesa con su adversaria alemana para, juntas, aplastar la amenaza común del poder proletario.

Son éstos los marcos históricos y teóricos que deben orientar la comprensión del fenómeno del nacionalismo a partir de los cuales hay que proceder al análisis concreto de una situación concreta. Tal es, a nuestro juicio, la metodología adecuada para enfrentarse a una aproximación al discernimiento del nacionalismo en América Latina.

En nuestro continente el sentimiento nacional se ha manifestado originalmente, de manera significativa, en las luchas por la independencia de la dominación colonial que se llevaron a cabo durante el siglo XIX. Aunque fueron encabezadas por sectores democrático-liberales apoyados, por lo general, por las oligarquías locales, muchos de los movimientos independistas lograron movilizar grandes contingentes populares. En esta lucha destacaron figuras como la de un Bolívar, cuya significación va más allá, por primera vez, de los límites de una lucha local y alcanza niveles continentales en la búsqueda del objetivo común de independencia. Es cierto que hubo países, como Brasil, donde pese a una serie de intentos heroicos por terminar con el dominio portugués, este resultado se consigue finalmente no como una consecuencia directa de una guerra popular, sino a través de una decisión imperial que tomaba en cuenta, esencialmente, los intereses oligárquicos así como las presiones ejercidas por el centro hegemónico de la época: el imperio británico.

Sin embargo, en el contexto de estas luchas existieron intentos mucho más avanzados de política nacionalista y anticolonial, como las del juarismo en México. Está también el caso de Cuba, que logra su independencia de España apenas en los albores del siglo XX, después de dos largas etapas de una encarnizada guerra, lucha que produce un líder de la talla de José Martí quien vincula, por vez primera en forma sistemática, el nacionalismo y el antimperialismo.

No es posible en esta breve nota intentar siquiera un resumen

histórico de la evolución del sentimiento nacional en el continente. Nuestro objetivo es meramente señalar que en la época imperialista, en los casos más relevantes el nacionalismo surge en Latinoamérica ya con una fuerte inclinación continental y evoluciona hacia una vinculación estrecha con la lucha antimperial. Por cierto, sus manifestaciones iniciales, en las primeras décadas del siglo, son aún relativamente débiles pues son hegemónicas por dos tipos de corrientes: por un lado, un movimiento cuyas raíces están hincadas en una ecléctica e idealista concepción ideológica producida por la pequeña burguesía, cuya mejor expresión política organizada es, sin duda, el APRA peruano; por otro, un movimiento dirigido por los exponentes más lúcidos del desarrollo capitalista en los países en donde la generalización de las relaciones de producción capitalistas y en particular los avances del proceso de industrialización disponían de una base más sólida, por haberse iniciado desde los finales del siglo XIX impulsado por una burguesía industrial criolla, como los Balmaceda y Batlle. A partir de la gran depresión cobran importancia nuevas manifestaciones del nacionalismo burgués y pequeño burgués, cuya mejores expresiones son el cardenismo en México, el varguismo en Brasil y el peronismo en Argentina. En México fue en donde este nacionalismo llegó más lejos como consecuencia del largo proceso revolucionario en el cual se empieza el cuestionamiento de intereses oligárquicos e imperialistas que son posteriormente bastante golpeados durante el gobierno de Lázaro Cárdenas, a través por ejemplo de la ampliación de la reforma agraria y de las nacionalizaciones que culminan con el enfrentamiento a los imperialismos inglés y norteamericano en la radical nacionalización del petróleo. Es necesario resaltar que si bien el cardenismo se inserta en este contexto latinoamericano de luchas reformistas y nacionalistas burguesas, fue sin duda una política que rebasó con creces al varguismo y el peronismo. Quizás éste sea un factor fundamental para explicar la comparativamente mayor estabilidad política que se ha logrado en México desde entonces.

Pero el nacionalismo populista en América Latina tenía los pies de barro. Muy pronto dos factores esenciales van a determinar que el nacionalismo burgués y pequeño burgués empiecen a ser borrados, cada vez en forma más drástica, del continente. Primero, el proceso de desnacionalización de la propiedad privada de los medios de producción, consecuencia de la penetración masiva y directa del capital extranjero en la industria manufacturera, que empieza a ocurrir a partir de la posguerra, subyugando las débiles burguesías nacionales

² *Ibidem.*, p. 171.

a sus socios-mayores: las grandes corporaciones multinacionales;* segundo, como resultado de esta situación, la emergencia de un fuerte movimiento popular nacionalista y antimperialista, que obtiene en el continente varias victorias momentáneas en los años cincuenta, como son por ejemplo la revolución boliviana, la revolución guatemalteca y el derrocamiento de la dictadura de Pérez Jiménez en Venezuela. Finalmente se alcanza una victoria radical y definitiva con la Revolución Cubana.

Frente a tal situación, la burguesía latinoamericana tiene que capitular. Ya no puede más vestirse de nacionalista ni de antimperialista, pues esto atenta contra sus intereses reales. Tal hecho es particularmente notorio en los países en donde el movimiento popular, como en Bolivia, Uruguay y sobre todo Chile, ha tendido a asumir el liderazgo de esta lucha. ¿Cómo luchar en contra de sus socios mayores aliándose a los enemigos de clase? ¿No se puede esperar semejante torpeza de parte de ninguna clase dominante! Por supuesto aún existen países en Latinoamérica donde las burguesías tratan todavía de presentarse como nacionalistas. Ello se debe al hecho de que, objetivamente, existen contradicciones entre los intereses burgueses nacionales y los del imperialismo. Sin embargo, estas contradicciones secundarias se manifiestan particularmente en los periodos de crisis del sistema imperialista —como el actual— cuando las burguesías sienten que pueden controlar el movimiento popular e impedir su radicalización.

¿Significa lo anterior que tienden a desaparecer los sectores «progresistas» de las clases dominantes? Obviamente que sí, aunque siempre podrá haber casos individuales de burgueses progresistas (recuérdese a Morazav, «el hombre más rico de Rusia», que era simpatizante bolchevique). Siempre existirán casos de desertión al interior de una clase, pero las desertiones por lo general sólo ocurren cuando un lado verifica (o intuye) que la guerra está perdida... En tanto clase, la burguesía en América Latina no cuenta más con condiciones objetivas, en lo substancial, para ser «progresista»: para orientar una lucha con un amplio sentido social y nacional. Y no lo tiene porque ha aprendido más rápido que el proletariado y sus aliados que el camino nacionalista conduce al antimperialismo y que el resultado lógico e

* Los varios estudios sobre las relaciones de dependencia en América Latina, a los que se han llamado prematuramente «teoría de la dependencia», han tenido el mérito irrefutable (pese a las críticas, por lo general improvisadas, que se les han hecho) de posibilitar una más amplia comprensión de este proceso.

inevitable de aquél será su rebasamiento por el socialismo. Las pruebas de este aprendizaje ya han sido dadas en múltiples oportunidades durante toda la década de los sesenta, a través de golpes militares como el de Brasil —que sin duda generó el modelo más elaborado en América Latina de la integración de los intereses burgueses con los del imperialismo— y, en los años setenta con los golpes en Bolivia, Uruguay y, por fin, con el hediondo terror fascista en Chile.

Acordémonos de nuevo de lo que decía Lénin: “hablar de sentimiento nacional como un factor independiente sólo significa escamotear la esencia del problema”. La verdad es siempre concreta. Un nacionalismo puro e impermeable a los intereses de clases no existe. Ser nacionalista hoy en América Latina significa ser consecuentemente antimperialista y, por tanto, resueltamente prosocialista.